

El presente año 1982, una delegación compuesta por el Sr. ... y el Sr. ... de la Orden de los Hermanos de la Cruz, ...

LOS CISTERCIENSES EN LEON

Los cistercienses en León, ...

LOS CISTERCIENSES

El Cistercio en León, ...

El primer convento cisterciense en León fue el de San Martín de Noya, ...

Después de San Martín de Noya, ...

El presente año 1980, está dedicado a conmemorar el XV Centenario del nacimiento de San Benito de Nursia, Patriarca de los Monjes de Occidente, Legislador insigne, Patrono de Europa, que con su vida y enseñanzas trazó honda huella en los caminos de la historia. Su espíritu perdura aún candente en más de cuarenta mil hijos e hijas, que siguen sus huellas y se hallan diseminados por toda la redondez de la tierra. Los actos conmemorativos que se están celebrando revisten carácter universal.

León es una de las provincias que más debe a los hijos de San Benito, por haber contado con multitud de monasterios desde los primeros siglos del cristianismo. No pudiendo abarcar en breves páginas la labor gigantesca desarrollada por los benedictinos leoneses, vamos a sumarnos al homenaje en honor del Santo, destacando en una breve síntesis cuál fue el paso de los monjes cistercienses por tierras de León.

LOS MONASTERIOS

El Císter tuvo un arraigo muy fuerte en la región leonesa, concretamente dentro de la provincia. Tres monasterios de varones y cinco de religiosas son los que nos ofrece la nueva modalidad de vida benedictina extendida de manera prodigiosa por toda Europa durante el siglo XII.

El primer monasterio cisterciense leonés fue Santa María de Nogales, situado en una hermosa vega de la ribera del río Eria, en las inmediaciones de San Esteban de Nogales. Fueron sus fundadores los condes Vela Gutiérrez Osorio y su esposa doña Sancha Ponce de Cabrera, hija de Ponce de Cabrera y María Fernández de Traba. Ambos consortes pensaron dedicar lo mejor de sus terrenos para una fundación de religiosas, formalizándose las escrituras en 1150, pero poco tiempo estuvieron las religiosas ocupando el nuevo monasterio, pues al fallecer el conde en 1160 —cuando todavía no estaban finalizadas las obras—, sin que se sepan los motivos, se volvieron a su procedencia dejando desemparado el monasterio. Entonces doña Sancha, de acuerdo con sus hijos y para cumplir la voluntad de su marido, ofreció la nueva fundación al abad de Moreruela, quien la aceptó de buen grado y envió los monjes necesarios para ocuparla, en el año 1164.

Entre los grandes bienhechores de la casa se puede contar don Pedro Ponce de Cabrera, nieto de los fundadores, alférez mayor de Alfonso IX, que le entregó cuantiosos bienes. Al igual que otros monasterios, Santa María de Nogales conoció los días amargos de los abades comendatarios y de la tiranía de los señores feudales. A todo vino a poner fin la acertada política de los Reyes Católicos y la entrada del monasterio por los cauces de la Congregación de Castilla, en 1521. Desde aquella

fecha florecería en todos los órdenes, llegando a convertirse en un auténtico vivero de sabios y santos. Tal florecimiento perduró hasta los mismos tiempos de la revolución desamortizadora que se echó implacable sobre el monasterio hasta el punto de que hoy no queda de él piedra sobre piedra.

El segundo monasterio leonés de monjes cistercienses es Santa María de Sandoval, levantado cerca de la confluencia de los ríos Esla y Porma, en las inmediaciones de Villaverde de Sandoval. En 1142, Alfonso VII hizo donación al conde Ponce de Minerva —para él y sus sucesores— del lugar denominado *Saltus novalis*, en pago de sus servicios a la corona. Pasados los años, el conde, juntamente con su esposa Estefanía Ramírez, lo entregaba a los monjes de Santa María de la Espina para que hiciesen allí una fundación. La cronología de las fundaciones señala la fecha de esta entrega, el año 1167, aunque en rigor la fundación no se llevó a cabo hasta 30 de enero de 1171, con la llegada de los primeros monjes.

En 1178 surgió una bienhechora insigne para Santa María de Sandoval, la princesa doña Urraca, hija bastarda de Alfonso VII, la cual otorgó a los monjes una larga lista de favores. A ella siguieron las dádivas de Fernando II, Alfonso IX y otros ilustres personajes de la época, hasta llegar a hacer de la abadía una de las más prósperas del reino leonés.

Los siglos XIV y XV fueron de angustiosa decadencia, pero apareció en el horizonte una aurora de esperanza, la Congregación de Castilla que se presentaba con aires renovadores, y Santa María de Sandoval sería una de las primeras en sumarse a la reforma en 1486, logrando recuperar bien pronto su antiguo esplendor, si bien sus monjes se verían sometidos a dolorosa prueba, el 5 de agosto de 1615, cuando debido a la imprudencia de uno de ellos, se prendió fuego todo el monasterio quedando arrasadas todas las dependencias a excepción de la iglesia. Las pérdidas se calcularon en más de 20.000 ducados, cantidad fabulosa para aquellos tiempos. Entonces hubo un intento de trasladar la comunidad a León —donde vivamente lo deseaban— pero los monjes lo rehusaron, prefiriendo vivir entre ruinas y reconstruir el monasterio a costa de gran esfuerzo.

Los decretos de desamortización cayeron sobre la casa con toda su crudeza. Abandonado el monasterio por los monjes, poco tardó en ser desmantelado por parte de una chusma inculta que acabó con su tesoro artístico. Santa María de Sandoval, a excepción de su iglesia, es hoy un motón de ruinas que clama al cielo.

El tercer monasterio de monjes cistercienses en León fue Santa María de Carracedo, en el corazón del Bierzo, término de Carracedelo, ribera del río Cúa. Su fundación data del año 990, en que el rey Bermudo II lo entregaba a los monjes benedictinos, habiendo colaborado en ella el cronista Sampiro, más tarde obispo de Astorga. Tuvo gran importancia, no sólo por su poderío económico —dicen que sólo le excedía el plenipotente cenobio de Sahagún— sino porque se convirtió en centro y cabeza de una congregación monástica que agrupaba en torno a sí diversos monasterios, entre ellos Villanueva de Oscos y Belmonte (Asturias), Penamayor (Lugo), San Martín de Castañeda (Zamora), Toldanos y San Miguel de las Dueñas (León).

A mediados del S. XII recibió notable impulso de la piadosa infanta doña Sancha, hermana de Alfonso VII. Eran los años en que se venía abriendo camino en la Iglesia la Orden Cisterciense, principalmente en España. Muchos monasterios benedictinos, que llevaban vida lánguida, adoptaron la nueva modalidad de vida. Cuando la princesa doña Sancha intervino en Santa María de Carracedo, regía los destinos de la casa un santo varón llamado Florencio, y parece que ambos intentaron introducir en la abadía las observancias del Císter, si bien la incorporación definitiva no fue aceptada por la Orden hasta los últimos años del S. XII.

Este cambio de estructuras produjo en la casa notable provecho, pues florecería durante muchos años bajo la nueva observancia, pero el paso del tiempo produjo un nuevo desgaste moral, hasta que

en 1505 volvió a recobrar nueva savia al incorporarse a la Congregación de Castilla. Santa María de Carracedo fue una de las abadías más significadas en la nueva reforma, a la cual permaneció unida hasta 1835 en que fueron disueltas todas las comunidades por las leyes desamortizadoras.

El primer monasterio femenino del Císter en León fue San Miguel de las Dueñas, pues su fundación arranca del S. X, en que Bermudo II donó al presbítero Sampiro —luego obispo de Astorga— “el monasterio de San Miguel de Almázcara, en territorio del Bierzo, junto al río Boeza”. Dicho monasterio fue fundado posiblemente entre los años 970 y 980 por Gonzalo Bermúdez, conde de Luna, personaje oriundo del reino castellano que se hizo acreedor a que Ramiro III le colmara de favores.

Tras un prolongado silencio, de nuevo salta al terreno histórico San Miguel de Almázcara, en 1152, cuando la infanta doña Sancha restauró dicho monasterio —que en lo sucesivo se llamará San Miguel de las Dueñas— poniendo en él una comunidad de religiosas sometidas a los abades de Carracedo. No está claro si estas primeras religiosas fueron benedictinas o cistercienses. Fr. Angel Manrique, historiador del máximo prestigio, afirma se unió al Císter a la vez que Carracedo hacia 1200, pero en realidad sabemos que los monjes de esta casa observaban la disciplina cisterciense desde mediados del S. XII.

A fines del S. XV, la situación en San Miguel no debía ser nada optimista, pues el abad de Carracedo nombró abadesa a doña Isabel de Figueroa, monja de San Quirce de Valladolid, pero la comunidad no la admitió. La decadencia en el fervor debía continuar en los comienzos del S. XVI, pues el general de la Congregación de Castilla obtuvo de Roma una bula autorizándole a suprimir el monasterio y unir la comunidad a la de Villabuena, como en efecto se llevó a cabo en 1506. Pero los designios de Dios son insondables: en 1527 una crecida del río Cúa derribó gran parte del monasterio de Villabuena, y lo que quedó en pie estaba amenazando ruina. Siendo difícil la restauración, sobre todo, temiendo volviera el río a ocasionarles graves daños, optaron por trasladarse de nuevo a San Miguel de las Dueñas, restauraron el monasterio, y allí siguen bendiciendo a Dios en el momento actual.

La cronología cisterciense señala la fundación de Santa María de Gradefes en el año 1168. Debe sus orígenes a la piadosa doña Teresa Pérez, esposa de García Pérez, quien al morir éste decidió hacer una fundación de religiosas en una hermosa finca de recreo que poseía en la ribera del Esla. Bien pronto comenzaron a surgir los edificios, y cuando estuvieron dispuestos para habitar, mandó venir religiosas del Císter, y ella misma recibió el hábito monástico, habiendo sido la primera abadesa. La prosperidad de la casa se dejó sentir bien pronto, como lo demuestra el hecho de que ya en 1181 salió de allí la primera fundación para establecerse en Santa Colomba, trasladado más tarde a Benavente. En 1240 una nueva colonia de monjas salía de Gradefes para ocupar Otero de las Dueñas.

En 1629, hallándose la casa en lastimoso estado, la comunidad, atraída por las promesas que les hiciera el Almirante de Castilla, se trasladó a Medina de Rioseco, pero no habiéndose cumplido aquellas promesas halagadoras, se vieron en la coyuntura de regresar de nuevo a Gradefes, donde perseveran en la actualidad, gracias al refuerzo recibido hace exactamente un siglo, al incorporarse a las escasas monjas que quedaban, la pequeña comunidad de las Huelgas de Avilés.

En el año 1176 surgió un nuevo monasterio de religiosas en Carrizo de la Ribera, gracias a la generosidad de la condesa doña Estefanía Ramírez, esposa de don Ponce de Minerva, fundador de Sandoval. Tal fecha es comúnmente admitida por los historiadores que tratan de señalar la cronología de las fundaciones, y se cree que los edificios debieron surgir en la misma morada de la condesa, sita en una hermosa vega, ribera derecha del río Orbigo.

Parece muy probable que la propia fundadora se hizo religiosa, al fallecer su esposo, y hasta es posible que gobernase algún tiempo la casa, no en calidad de abadesa, que este cargo lo ostentó por primera vez su hija doña María, viuda del conde don Diego Martínez de Villamayor.

Desde los primeros tiempos, el monasterio de Carrizo estuvo sometido a la jurisdicción de la abadesa de las Huelgas de Burgos, habiendo sido su primera abadesa doña María una de las asistentes al primer capítulo general de abadesas celebrado en aquel monasterio castellano.

El siglo XIX, tan fecundo en revoluciones funestísimas, también dejó sentir su peso desagradable sobre Santa María de Carrizo, sobre todo la de 1868 en que fueron expulsadas las religiosas que se refugiaron en Villoria hasta 1871, cuando lograron regresar a su amado monasterio que encontraron en manos extrañas. Hoy cuenta con una comunidad numerosa y joven, animada de excelente espíritu, sobre todo desde que abrazó los estatutos de la Estrecha Observancia.

Al desposarse Alfonso IX con la Infanta Teresa de Portugal, entre las posesiones que le dio en concepto de dote figuraba la población de Villabuena, donde tenía un hermoso palacio al cual gustaba retirarse la reina una vez separada de su esposo por motivo de parentesco. Viendo que muchas jóvenes de la nobleza frecuentaban aquel palacio —en el que residían sus propias hijas, Sancha y Dulce—, y que mostraban deseos de consagrarse a Dios, concibió la idea de fundar un monasterio de religiosas. Cuando su antiguo esposo Alfonso IX se enteró de los planes de Teresa, renovó la entrega por medio de documento público, a la vez que añadió nuevas dádivas.

También la reina quiso asegurar el porvenir de la casa, entregándole nuevas tierras. Lo que más ennoblece la fundación de Villabuena es el haber tomado allí mismo la santa el hábito monástico. Así lo da a entender la bula de erección, dada por Gregorio IX en 1231. No menos ennoblecen la casa las virtudes de las dos princesas, Sancha y Dulce, que a pesar de haber sido declaradas herederas del trono de León, aconsejadas por su madre Teresa renunciaron a las grandezas terrenas para consagrarse a Cristo en la vida monástica.

Ya vimos anteriormente cómo una crecida del río Cúa acabó con la vida monástica en Villabuena, al derribar el monasterio, del cual hoy no queda sino algún que otro muro informe.

Hacia el año 1230, doña María Núñez de Guzmán, condesa de Villalba de la Loma, religiosa cisterciense en Santa María de Carrizo, hizo donación de su hacienda para una fundación cisterciense, como en efecto se llevaría a cabo en Otero de las Dueñas. La carta original donde consta la extensa donación “para fazer hi monasterio de Dueñas de la horden de Cistel”, parece se ha perdido. Sin embargo, se ha conservado copia, de la que se desprende que en 1240 no estaban aún construidos los edificios, ni existía en aquel lugar comunidad alguna. En cambio, en 1245 ya se advierte allí vida monástica, habiendo salido de Gradefes una colonia de monjas para habitar el nuevo monasterio. Ningún autor explica los motivos de por qué siendo doña María Núñez monja en Carrizo, confiara la nueva fundación al monasterio de Gradefes.

En la historia del monaquismo ha sido considerado como hecho insólito la jurisdicción *quasi episcopal* que ejercía la abadesa de las Huelgas de Burgos sobre un número de monasterios, radicantes en Castilla y León. Ella recibía la profesión de los frailes del Hospital del Rey, daba licencias para celebrar misa, para predicar en las iglesias de su territorio, para confesar tanto a las religiosas como a los vasallos. Hasta se dice que en alguna ocasión —hay indicios de ello— llegó a confesar a sus súbditas. Estudiando la documentación de Otero de las Dueñas —conservada hoy en parte en Gradefes— hemos encontrado con sorpresa que durante siglos la abadesa de este monasterio ejercía sobre la de Otero una jurisdicción que se parecía en algo a la de las Huelgas (1).

Tales atribuciones constituyeron en el correr de los siglos un semillero de discordias y litigios, pues las de Otero nunca llevaron con resignación el verse sometidas a otras mujeres. A todo vino

(1) Sobre este tema acabo de publicar en la rev. *Nova et Vetera*. —dirigida por las MM. Benedictinas de Zamora— un trabajo que lleva por título: *La jurisdicción de la abadesa de Gradefes sobre el monasterio de Otero de las Dueñas*.



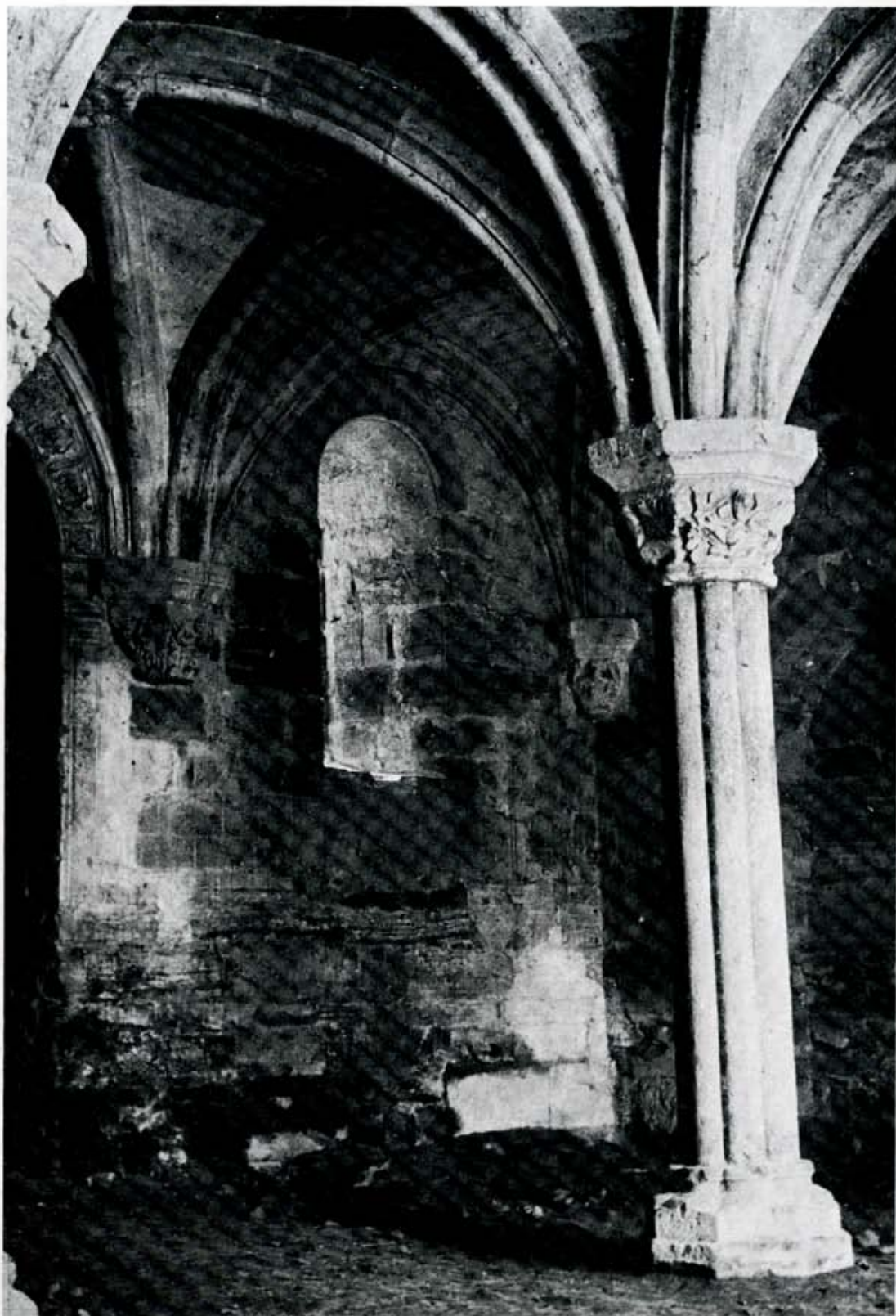
Santa María de Gradefes: puerta de acceso al templo. (Foto: Manuel Viñayo).



Dentro del paisaje berciano, el monasterio de San Miguel de las Dueñas. (Foto: Amalio Fernández).



Santa María de Sandoval, poco más que lamentables ruinas.



Carracedo, siempre pendiente de una enérgica obra restauradora. (Foto: Marqués de Santa María del Villar).

a poner fin la revolución de 1868, en que arrojadas del monasterio, fueron a refugiarse en las premostratenses de Villoria, mas como no hubo posibilidad de volver de nuevo al monasterio, al fin tuvieron un gesto de humildad, pidiendo ser admitidas en Gradefes, siendo recibidas con gran alborozo por sus antiguas hermanas de Orden.

LOS MONJES

Tantos y de tal categoría son los monjes y monjas salidos de los claustros cistercienses leoneses, que no es posible abarcarlos, sino simplemente ofrecer breves notas de los más destacados.

Iniciamos el desfile por Fr. Cipriano de la Huerga, cuyo solo nombre es suficiente para llenar de santo orgullo a toda la tierra leonesa. Nacido en Laguna de Negrillos en 1514, ingresó muy joven en Santa María de Nogales, donde recibió su formación científica y literaria, que luego completaría en distintos colegios de la Orden. Un cronista del S. XVII, sintetiza así su figura: "El maestro Cipriano, varón de los más célebres y doctos que ha tenido no sólo nuestra nación española, sino toda la religión christiana... fue theologo excelentísimo, filósofo agudísimo, poeta insigne, astrólogo diligentísimo, y muy versado en todas las lenguas necesarias para la interpretación de la Sagrada Escritura. Así dice de él muy bien el Mtro. Ibero —que fue el que ha sacado a luz parte de sus obras— que en ellas no hay piedra que no mueva ni lugar que no toque en toda la Sagrada Theología, Filosofía, Mathemáticas, Poesía, Astronomía y en las lenguas hebrea, chaldaea, griega y latina".

Falleció en 1560, a los cuarenta y seis de edad y treinta y tres de vida religiosa. A pesar de su corta edad —para un hombre científico— su producción literaria fue prodigiosa y, sobre todo, muy profunda.

Fr. Bernardo Cardillo Villalpando fue otro monje destacado de Santa María de Nogales, conocido no sólo en España, sino también en el extranjero, muchos de cuyos archivos recorrió para recoger datos que sirvieran para elaborar una gran obra histórica sobre el Císter, mejor dicho, para continuar los incomparables *Anales* de Fr. Angel Manrique, que sólo abarcan los 135 primeros años de la Orden. Desagradable sobre toda ponderación fue la impresión que le produjo la vista de los monasterios franceses, gran parte de ellos en ruinas y otros gimiendo bajo la tiranía de los abades comendatarios, todavía en el S. XVII. Los historiadores extranjeros, que por lo general no perdonan, tachan de cismático a Fr. Martín de Vargas —fundador de la Congregación de Castilla— que hacía más de un siglo había metido en vereda a los monasterios del noroeste español y que se hallaban a estas alturas caminando por vías de prosperidad. Falleció este ilustre monje en 1637.

Fr. Ignacio Fermín de Ibero, monje del mismo monasterio de Nogales, fue uno de los mayores historiadores que tuvo la Orden, si bien de sus trabajos se aprovecharía más tarde el citado Angel Manrique, en la composición de sus *Anales Cistercienses*, ya que sólo logró la publicación de una obra, y ésta después de su muerte, acaecida en el monasterio de Fitero en 1612.

Fray Ambrosio Alonso, monje de Santa María de Carracedo, fue una auténtica lumbrera de la Congregación de Castilla, del cual dice un contemporáneo suyo que "por su aplicación y talentos se mereció la mayor estimación y aprecio de muchos de los sabios dentro y fuera del reino". Ocupó la sede suprema del generalato de la Congregación el cuatrienio 1771-1775 y falleció al finalizar su gobierno en el monasterio de Palazuelos (Valladolid).

Fr. Basilio Becerra, natural de Grajal de la Ribera, donde nació a mediados del S. XV, ingresó en Nogales en 1564, en la época del mayor esplendor de este monasterio, el segundo de España en la cantidad y calidad de personajes científicos que conocemos. Brilló por su saber, descollando en la cátedra de Sagrada Escritura que regentó con notable lucimiento en la Universidad de Alcalá.

Fr. Tomás Bravo Mendoza ingresó en Santa María de Sandoval en 1608, habiéndose distinguido por sus grandes valores, desarrollados en beneficio de la Orden, ocupando los puestos de mayor relieve en la Congregación. Su pluma fue muy fecunda, pero su producción literaria yace en el olvido.

Fr. Francisco de Vivar (1584-1634), fue otro monje destacado de Nogales, donde ingresó en 1599. En su alabanza escribieron personajes ajenos al Císter diciendo: "Fray Francisco de Vivar fue ornamento de España, esplendor de su orden y flor de escritores". Samper le llama "Luz de la mayor antorcha de Castilla", y el maestro Alvarez, "varón elocuentísimo". Sobresalió en la teología, filosofía, historia, música, matemáticas, poesía, geometría y oratoria.

Fr. Joaquín Ania fue un monje ilustre de Sandoval, muy versado en los idiomas francés e italiano, cultivando la pluma con notable éxito. Fue general de la Congregación de Castilla el trienio 1721-1724. Falleció en el propio monasterio en 1733.

Fr. Pedro Llanos, natural de La Bañeza, ingresó en Nogales en 1713. Fue destacado por su erudición, mostrando sus preferencias por los estudios teológicos en los cuales se graduó en la universidad de Alcalá. Fue abad de diversos monasterios, entre ellos la propia casa en 1763. En 1750 fue contado entre los candidatos propuestos para el generalato, lo que indica bien a las claras su valía.

A este breve catálogo de varones —que hemos simplificado notablemente— vamos a añadir el nombre de algunas religiosas de los monasterios femeninos de la provincia leonesa.

Santa Teresa, reina de León. Fue la primera esposa de Alfonso IX, cuyo matrimonio fue disuelto por Celestino III en 1194 a causa de próximo parentesco, para el cual no había precedido la dispensa canónica exigida. Bien podía haber contraído nuevo matrimonio, pues se hallaba en sus veinte años, pero no, consagró el resto de su vida primero a la educación de sus hijos y luego al Señor en la vida religiosa del Císter. La obra cumbre que inmortalizó su nombre fue la fundación del monasterio de Villabuena, en su antiguo palacio del Bierzo, donde según los historiadores más sensatos recibió el hábito monástico y preparó adecuado albergue para sus hijas Sancha y Dulce. Una vez realizada esta gran obra y rotas las cadenas que le sujetaban al mundo, pudo consagrarse definitivamente a Dios en el monasterio cisterciense de Lorbaón. Falleció en 1250 y su fiesta se celebra el 17 de junio.

Princesas Sancha y Dulce. Fueron hijas de Alfonso IX y de su primera mujer Santa Teresa. Al morir su padre fueron declaradas por éste herederas del trono de León, contra los derechos de Fernando III de Castilla, hijo de la segunda mujer, doña Berenguela, pero habiéndose reunido en una conferencia de alto nivel la citada doña Berenguela y Santa Teresa, vinieron a un arreglo, renunciando esta última los derechos a la corona en su sobrino Fernando, no sin antes haber asegurado una justa compensación para ambas princesas en metálico. Ambas se consagraron a Dios en Villabuena, donde fallecieron en olor de santidad (2).

Doña Teresa Pérez, fundadora y primera abadesa de Santa María de Gradefes. Todos los historiadores, sin excepción, la venían haciendo descender de la casa real de Aragón, pero los últimos estudios realizados dan como resultado que es un poco problemática esa afirmación. Lo importante es saber que fue la fundadora de un gran monasterio femenino, que se consagró a Dios en él, que fue la primera abadesa y, sobre todo, que falleció en olor de santidad.

Doña María Ponce de Minerva. Hija de los fundadores de Sandoval y Carrizo, contrajo matri-

(2) En un reciente trabajo que hemos publicado en la misma revista "Nova et vetera", —enero-junio de 1979, pgs. 115-130— hemos demostrado el confusionismo de que ha sido objeto la princesa Sancha —la mayor de las dos hermanas—, con otra Sancha nacida también de Alfonso IX y una tercera mujer llamada Teresa Gil de Soberosa. Esta segunda Sancha —hija de Alfonso IX y de la tercera mujer— fue la fundadora del monasterio de Santa Fe de Toledo, de religiosas Comendadoras de Santiago, donde se le venera como santa.

monio con el conde don Diego Martínez, pero habiendo fallecido éste, ingresó en Carrizo, fundación de su propia madre, Estefanía Ramírez, a la cual sucedió en el gobierno de la casa, de la cual fue primera abadesa.

Sor Escolástica Rodríguez Castañón. Natural de Villapadierna, ingresó en Otero de las Dueñas y después de una vida santa y edificante, falleció en la paz de Dios. Se distinguió de manera especial por la práctica de la caridad, el gran precepto del Maestro.

Sor Angelines de Jesús Morán, natural de Folgoso de la Ribera, fue monja de San Miguel de las Dueñas, habiendo sido nombrada abadesa del mismo monasterio en 1933. Rigió la comunidad con gran acierto hasta 1960 en que falleció con fama de virtuosa. Su nombre era popular en todo el Bierzo, según lo manifestó la inmensa concurrencia de fieles que acudió a dar el último adiós a esta mujer, pequeña de cuerpo pero de espíritu gigante.

Nada decimos de Sor María Angela Francisca de la Cruz, la "Monja procesada leonesa", de Otero de las Dueñas, de la cual ofrecimos una breve semblanza en esta misma revista (N.º 18 —diciembre de 1973, pgs. 25-32—) como tampoco de otras muchas religiosas y religiosos por no quedar espacio para ello.

LOS MONASTERIOS EN LA ACTUALIDAD

Tres de ellos han desaparecido totalmente: Otero de las Dueñas, Villabuena y Santa María de Nogales. Dos se hallan en lastimoso estado de conservación: Carracedo y Sandoval. Sólo tres de religiosas se hallan ocupados en la actualidad: San Miguel de las Dueñas, Carrizo y Gradefes.

Nada se conserva de la primitiva fundación de Carracedo de la época benedictina. La iglesia es construcción de los cistercienses, pero de dos épocas bien distintas. La actual fue reedificada en el S. XVIII y no llegó a terminarse debido a la invasión napoleónica y revoluciones subsiguientes. Consta de una sola nave, cabeza semicircular y crucero. Se aprovecharon no pocos muros de las construcciones antiguas. La sala capitular, con su entrada románica y ventanas laterales, conserva la modalidad cisterciense, bajo aspecto muy arcaico, pero digno de interés.

Lo más típico de Carracedo es, tal vez, el denominado palacio real, aunque no parece desempeñara nunca esta función, al menos de manera oficial. Data del S. XIII, y si bien se desconocen los motivos de su construcción en aquel lugar, algún historiador apunta la idea de que es obra de Alfonso IX para albergar en él a su amada esposa de otro tiempo, Santa Teresa, reina de León y señora de Villafranca. Este hecho requiere una breve explicación.

Al bajar al sepulcro en 1211 Sancho I de Portugal, dejó a sus hijas dote suficiente para poder vivir desahogadamente, y obligó a su hijo, Alfonso II, a jurar que cumpliría las mandas del testamento. Cuando llegó la hora de la verdad, se olvidó del juramento hecho, rehusando cumplir el testamento, por lo que ellas recurrieron al pontífice, quien nombró a los obispos de Compostela y Zamora para servir de árbitros.

Ante el temor del castigo, fingió Alfonso un arrepentimiento que sólo fue en apariencia. De nuevo recurrieron las princesas al pontífice, el cual nombró esta vez a los abades de La Espina y Osera, quienes obligaron al rey a cumplir lo prometido con juramento. Como estos trámites duraron varios años, bien se puede pensar que Santa Teresa viviera fuera de Portugal, y no pudiendo regresar a León —por hallarse invalidado su matrimonio con el rey— éste le proporcionó adecuado albergue, tanto para ella como para sus hijas Sancha y Dulce en el Palacio de Carracedo, antes de construir el monasterio de Villabuena.

Del monasterio de Sandoval solo quedan en pie la iglesia y algunas dependencias adyacentes en mal estado de conservación. La iglesia parece fue construida a fines del S. XII, y según Gómez Moreno, el maestro constructor debió ser el mismo de Santa María de Gradefes, y al haber sido construida después "ganó respecto de ella en esbeltez y claridad, cuanto pierde en complicaciones de estructura". Consta de tres naves, con crucero prolongado y tres capillas semicirculares en la cabecera. "Parecese la iglesia de Sandoval a la de Santa María de Valdediós en las formas y proporciones, en la altura poco desigual de sus tres naves, en lo corto de éstas y en lo largo del crucero, si bien se distingue de la otra en el medio punto de las bóvedas de arista y en las ojivas de los arcos de comunicación, apoyadas sobre columnas bizantinas que resaltan de los pilares".

De las primeras construcciones llevadas a cabo por doña Teresa Pérez, en Santa María de Gradefes, solamente queda parte de la iglesia, algo de la sacristía, la entrada de la sala capitular y algunos arcos del claustro. Muy poco, en realidad, pero verdaderamente notable. "La iglesia de Gradefes —escribe Lampérez— por los rasgos diferenciales que la separan de las monásticas del Cister, resulta notabilísima". A su modo de ver, aparece vaga e incierta la escuela arquitectónica en que está inspirada. Su estructura es sencillamente románica, como la mayoría de los templos de la época. No se llegó a construir más que hasta el crucero, y de haberse concluido las tres naves, hubiera resultado una iglesia de lo más grandioso de la Orden. Es la única que conocemos con girola y tres capillas absidales.

De Carrizo sólo merecen interés el templo románico, primoroso, y la sala capitular; las demás edificaciones son modernas. En el S. XVI se varió totalmente la estructura interna del templo, cuya descripción minuciosa es imposible hacer. La sala capitular ocupa el lugar tradicional en el Cister y lleva un precioso artesonado de alfarje sin policromía.

De San Miguel de las Dueñas solamente resta de los primeros tiempos una Virgen bizantina sedente, de piedra, y restos de la iglesia y una entrada románica a la sala capitular. Las demás edificaciones son relativamente modernas.